17

El mameo

Publicado en Bogotá,
domingo 12 de septiembre de 1847.

Como no todos están iniciados en los misterios del *mameo*, que hoy día es la profesión de moda, la más fácil y la de *mayor provecho*, vamos a publicar algunas instrucciones que conocemos teóricamente; pues en cuanto a la práctica, no hemos querido hacer ningún uso de ellas. El camino que estas

EDICIONES DOSIS MÍNIMA
dosisminima.org

rico o pobre; pero en este último caso, si es pobre de dinero, debe ser muy rico en lisonjas y adulaciones, y debe tener un buen incensario siempre preparado; y ya entramos en la enumeración de las cualidades que se necesitan para incorporarse en la confraternidad del *mameo*, que es una especie de francmasonería bien establecida. Decimos, pues, que puede entrar en él cualquier persona, siempre que tenga las siguientes condiciones:

con que todo se queda en casa, y váyase lo uno por lo otro. ¡Cuán simples éramos antes, creyendo que solo podían mamar los extranjeros! Por fortuna han venido buenos mayordomos y han dicho: no, señor, todo el mundo puede mamar, a lo menos todo el que sienta con disposiciones para ello, y se resigne a darnos parte de lo que ordeñe, que es condición *sine qua non*. Entonces hemos abierto los ojos.

El camino del *mameo* está abierto a todo el mundo, sea

en tarro de guadua; otros en jarro; pero otros no se contentan con tan poco, y ponen una *totuma* de cinco decímetro de diámetro; pero unos y otros se engullen todo lo que pueden sacar. Viene después el terrero a tomar su ración de hambre (como si dijéramos, hablando de la República, los empleados bobos, los acreedores legales, etc.) y por más esfuerzos que hace, por más cabezadas y hociazos que le aplica a la exhausta ubre, nada saca en

4. Para entrar al *club del mameo* es necesario desnudarse antes de todo sentimiento de pudor y verguenza, y zamparse en él con los ojos cerrados, agarrando a diestra y siniestra con ambas manos cuanto se halle por delante, hasta dar con la teta de que ha de prenderse el neófito; y no importa la clase, rango o condición a que pueda pertenecer este, pues la puerta está abierta para todo el que dé pruebas de tener anchas tragaderas. Así es que

digan manipuercos, gansos, boas, vorágines, sabañones, heliogábalos, etc., no se les dé cuidado y respondan encogiendo los hombros. El animalito que entiende mejor de esto es el *mormocyo*, que saca la cabeza para *mamar* cuando todos están descuidados, y apenas siente un ruidito vuelve a esconder la cabeza entre su concha, que le sirve como habitación. Este bichito vive por lo regular entre los tabacales, y los de la capital suelen andar por el altozano de la Catedral.

limpio, y tiene que ayunar parte del día, después de haber estado toda la noche encerrado en el corral comiendo ensalada de cruces; y aunque más aguantar las coces de la vaca que desahoga su mal humor con su propio hijo, que está inocente y es un pobrecito.

Esta vaca es la que convienne a los que no quieren trabajar ni molestarse para ganar la vida, y no cuesta mucho trabajo ordeñarla, pues en diciendo cualquier aficionado a los mayordomos de la

reglas revelan para llegar a pertenecer al *club de los mamadores*, y alcanzar con esto la gloria y felicidad que de otro modo no puede ya adquirirse en este país, es llano y sembrado de flores, accesible a todo mortal que de buena fe y con recta intención quiera entrar en él, despojándose previamente de todo escrúpulo y consideración, como se verá más adelante. No hay cosa más sabrosa que el *mameo*, sobre todo cuando la teta que se

se ha dado, no sólo el primer paso de Menéndez, que es perder la vergüenza, sino el segundo, que es agarrar; el tercero que es chupar; el cuarto que es hartarse; y el quinto, que es echarse a dormir.

Estas cuatro reglas se encierran en dos: en servir y amar a *Dios*, y al estómago como a sí mismo.

el aspirante al *mameo* puede ser empleado, comerciante (estas dos clases pegan muy bien), militar, eclesiástico, estudiante, escritor público, *comisionaire*, *fianeur*; empresario de cualquier cosa; y en general rico o pobre, sano o enfermo, nacional o extranjero, tieso o jorobado, manco o tuerto. Solamente los pobres jornaleros y artesanos no están llamados a este *club*, en que hemos visto hasta mujeres.

Teniendo las condiciones antedichas ya puede contarse con la bienaventuranza, pues

chupa es la hacienda nacional, y la vaca de leche la Nación. Esta vaca tiene la ventaja de que es mansa, manstia; ni es preciso ponerle maneas, ni asegurarla, ni tomar precauciones ningunas, pues ni ella embiste, ni tira cornadas, ni molesta con las patas a los que la ordeñan. Esta vaca sarnosa y flaca la ordeñan algunos para sí o para otros, y lo hacen de lejos, de manera que con prudente cautela puedan evitar una humorada del animal y escapar el bulto. Unos la ordeñan

extranjeros que se llevaban toda la leche, y hasta llegó a representarse en un *bosque* en la octava de Santa Bárbara una ingeniosa alegoría sobre el asunto; pero ya se ha visto que no son solo los extranjeros los que forman el *club del mameo*, sino que los nacionales se han apoderado de esta industria. Verdad es que los extranjeros *mamadores* dejan alguna utilidad a la vaca, en cambio de lo que le maman, y los nacionales no le dejan nada; pero en compensación la vaca se consuela

1. Buenas manos y bien largas y ágiles para poder ordeñar mucho y en poco tiempo, y agarrar la teta de manera que no se zafe. Debe tener fuerza y maña para prenderse bien, de manera que aunque la vaca salte y brinque, no afloje un punto.

2. Buenas uñas y bien afiladas, para que los dedos no sufran con el continuo ejercicio. Si son garras de buitre o de tigre, ¡mejor!, porque son más seguras. Las uñas de mejor calidad son las de *gato*; pero las mejores de todas son

las del *armadillo*, que cuando se aferra contra la tierra, no hay poder humano que lo desprenda. Hemos conocido unos *armadillos* en *Ambalema* y en *Pacho* que en metiéndose a la cueva, o entre un tabacal, aunque los jalen del rabo no los pueden arrastrar con dos caballos.

3. Una concha o escama como la del mismo *armadillo* o la *iguana*, fuerte y ruda, que resista a los golpes más violentos. Los *mamadores* deben estar bien provistos de esta concha, para que aunque les

hacienda, que se tomen la molestia de darle unas lecciónicitas, con eso basta para ponerse diestro en el oficio, pues ellos están muy duchos y lo hacen con los ojos cerrados.

El arte de ordeñar la vaca nacional se llama, en el lenguaje popular, ***mameo***, por una figura de imitación, fundada en que lo mismo mama el que ordeña con las manos que el que chupa, y todo sale allá.

Antiguamente se creía que los *mamadores* eran los